



cia, y pone en su proteccion el resto de su esperanza. Al tiempo de su expulsion, Roma se deshizo tambien de sus tiranos, Tarquino el *Soberbio* habia hecho odioso por sus violencias el gobierno monárquico; la lascivia de Sexto, su hijo, acabó de destruirle. Lucrecia, deshonrada, se mató á sí misma; su sangre y las declamaciones de Bruto animaron á los romanos. Fueron desterrados los reyes y el imperio consular establecido, siguiendo los proyectos de Servio Tullio, pero bien presto quedó debilitado por los celos del pueblo. Desde el primer consulado, P. Valerio, cónsul, célebre por sus victorias, se hizo sospechoso á sus ciudadanos, y fué necesario, por contenerlos, establecer la ley, que permitió apelar al pueblo del Senado y de los cónsules en todas las causas en que se tratase de castigar algun ciudadano. Los Tarquinos expelidos hallaron protectores; los reyes vecinos miraron su destierro como una injuria hecha á la majestad de todos, y Porsena, rey de los chusienos, pueblos de la Etruria, tomó las armas contra Roma. Reducida al extremo y casi tomada, se salvó por el valor de Horacio Clodice.

Los romanos hicieron prodigios por su libertad. Scevola, jóven ciudadano, se quemó la mano que habia errado á Porsena. Clelia, una doncella, pasmó á este príncipe con su osadía. Porsena dejó á Roma en paz, y quedaron los Tarquinos sin recurso. Hippias, por quien se declaró Darío, tenia mejores esperanzas. Toda la Persia se conmovió en su asistencia, y una gran guerra amenazaba á Atenas. En tanto que Darío hacia las prevenciones de ella, Roma, que tan bien se habia defendido de los extranjeros, estuvo para arruinarse por sí misma. Habíanse despertado los celos entre los patricios y el pueblo, porque el poder consular, aunque ya moderado por el P. Valerio, aún pareció excesivo á aquel pueblo demasiado celoso de su libertad. Retiróse al Monte Aventino; los consejos violentos fueron inútiles, y sólo las apacibles representaciones de Menenio Agrippa pudieron reducirle; pero fué necesario hallar temperamentos, y dar al pueblo tribunos con que defenderse de los cónsules. La ley que estableció este nuevo magistra-

do fué llamada la ley sagrada, y este fué el origen de los tribunos del pueblo. Darío se habia, en fin, declarado contra la Grecia, y Mardonio, su yerno, despues de haber atravesado el Asia, creía oprimir los griegos con el número de sus soldados, pero Milciades deshizo este inmenso ejército en la llanura de Maraton con diez mil atenienses. Roma derrotaba todos los enemigos de sus contornos, y parecia que no debiese temer sino á sí misma. Coriolano, celoso patricio y el mayor de sus capitanes, expelido de ella, á pesar de sus servicios, por la faccion popular, meditó la ruina de su patria, llevó los volscos contra ella, la redujo al extremo, y solamente su madre pudo aplacarle. No gozó la Grecia largo tiempo del reposo que la batalla de Maraton le habia dado. Por vengar la afrenta de Persia y de Darío, Jerjes, su hijo y sucesor, y nieto de Ciro por su madre Atose, atacó los griegos con un millon y cien mil combatientes (otros dicen un millon y setecientos mil) sin comprender su armada marítima de mil doscientas naves. Leonidas, rey de Sparta, con solos trescientos hombres que tenia, le mató veinte mil al paso de las Termópilas, y murió gloriosamente con los suyos. Por los consejos de Temistocles ateniense, fué deshecha la armada naval de Jerjes el mismo año, cerca Salamina. Este príncipe repasó atemorizado el Hellesponto, y un año despues su ejército de tierra, comandado por Mardonio, fué destrozado junto á Platea por Pausanias, rey de Lacedemonia, y por Aristides ateniense, llamado el Justo. La batalla se dió por la mañana, y por la tarde de aquel famoso dia los griegos jóvenes que habian sacudido el yugo de los Persas, les mataron treinta mil hombres en la batalla de Micale, bajo la direccion de Leotichides. Este general, por animar sus soldados, les dijo que Mardonio habia sido en la Grecia derrotado; la noticia se verificó, ó por un efecto prodigioso de la fama, ó más bien por un acierto afortunado, y todos los griegos del Asia Menor se pusieron en libertad. En todas partes alcanzaba esta nacion grandes ventajas, y un poco antes los cartagineses, poderosos entonces, fueron derrotados en Sicilia, donde querian extender su dominacion, á solicitud de



los persas. No obstante este mal suceso, no dejaron de formar despues nuevos designios sobre una isla tan cómoda, para asegurarles el imperio del mar, que afectaba su república. Teniale entonces Grecia, pero sólo ponía su atencion en el Oriente y en los persas. Pausanias acababa de libertar la isla de Chipre de su yugo, cuando formó el designio de sujetar su patria; pero se desvanecieron sus proyectos, aunque le habia Jerjes prometido toda su asistencia; el traidor fué vendido por la persona á quien más queria, y le costó la vida su amor infame. Fué Jerjes muerto el mismo año por Artabano, capitan de sus guardias, ó porque este péfido quiso ocupar el trono de su amo, ó porque temió los rigores de un príncipe, cuyas órdenes crueles no bien puntualmente habia ejecutado. Artajerjes, su hijo, despues de largo tiempo comenzó su reinado; y poco despues recibió una carta de Temistocles, que proscrito por sus ciudadanos, le ofrecia su servicio contra los griegos. Supo él estimar cuanto debia á tan famoso capitan, y le dió un gran establecimiento, á pesar de la envidia de los sátrapas. Este magnánimo rey protegió al pueblo judáico, y en su año vigésimo, memorable por las consecuencias, permitió á Nehemias restablecer á Jerusalem con sus murallas. Este decreto de Artajerjes difiere del de Ciro, en que el de Ciro miraba sólo al templo, y este á la ciudad. De este decreto, previsto por Daniel, y notado en su profecía, comienzan los 460 años de sus semanas, cuya importante data tiene sólidos fundamentos. El destierro de Temistocles está puesto en la crónica de Eusebio en el último año de la olimpiada 76, que corresponde á los 230 años de Roma; los demás cronologistas le ponen un poco despues; la diferencia es corta, y las circunstancias del tiempo aseguran la data de Eusebio. Sácanse estas de Thucídides, historiador muy exacto. Este grave autor, casi contemporáneo, como tambien concidano de Temistocles, le hace escribir la carta al principio del reinado de Artajerjes. Cornelio Nepos, autor antiguo y no ménos juicioso que elegante, no quiere que se dude de esta data á vista de la autoridad de Thucídides; proposicion tanto más sólida, cuanto otro autor

aún más antiguo que Thucídides; concuerda con él; este es Charon de Lampsaco, citado por Plutarco; y el mismo Plutarco añade, que son conformes á estos dos autores los anales de Persia; pero con todo eso no los sigue, bien que no alegue razon alguna, y los historiadores que ponen ocho ó nueve años más tarde el principio del reinado de Artajerjes, ni son de su tiempo, ni de tan gran autoridad. Parece, pues, indubitable, que se debe colocar hácia el fin de la olimpiada 76, y vecino al año 280 de Roma, de modo que el vigésimo año de este príncipe debe llegar hácia el fin de la olimpiada 81, y cerca del año 300 de Roma. Ultimamente, los que por conciliar estos autores ponen despues el principio de Artajerjes, se hallan reducidos á conjeturar, que su padre le habia por lo ménos elegido por compañero en el trono cuando Temistocles le escribió la carta, y de cualquier modo que sea, queda nuestra data asegurada. Puesto ya este fundamento, el resto de la cuenta es fácil de hacer, y le hará palpable la continuacion. Despues del decreto de Artajerjes, trabajaron los judíos en restablecer su ciudad y sus murallas, como habia Daniel profetizado. Nehemias dirigió la obra con mucha prudencia y constancia, en medio de la oposicion de los samaritanos, árabes y ammonitas; y el pueblo, animado con el ejemplo del sumo pontífice Eliasib, hizo el último esfuerzo. Entre tanto, los nuevos magistrados concedidos al pueblo romano aumentaban las discordias de la ciudad, y faltaban á Roma, formada bajo la dominacion de reyes, las leyes necesarias á la buena constitucion de una república. La reputacion de la Grecia, más célebre aún por su gobierno, que por sus victorias, excitó los romanos á arreglarse á su ejemplo. Así enviaron diputados para inquirir las leyes de la ciudades de Grecia, y particularmente las de Atenas, más conformes al estado de su república. Sobre este modelo, diez magistrados absolutos, que fueron creados el año siguiente con el nombre de decenviros, ordenaron las leyes de las doce tablas, que son el fundamento del derecho romano. Absorto el pueblo de la equidad con que las compusieron, les dejó usurpar el poder supremo, que tiráni-



camente ejercitaron. Hubo entonces grandes conmociones por la incontinencia de Appio Claudio, uno de los decenviros, y por la muerte de Virginia, á quien su padre más quiso matar por su propia mano, que dejarla abandonada á la pasión de Appio. La sangre de esta segunda Lucrecia despertó al pueblo romano, y fueron expelidos los decenviros.

En tanto que las leyes romanas se formaban por ellos, Esdras, doctor de la ley, y Nehemias, gobernador del pueblo de Dios, nuevamente restablecido en Judea, reformaban los abusos y hacían observar la ley de Moisés, en que eran ellos los primeros. Uno de los principales artículos de su reformación fué de obligar á todo el pueblo, principalmente á los sacerdotes, á separarse de las mujeres extranjeras, con quienes se habían desposado contra la prohibición de la ley. Puso Esdras en orden los libros sagrados, de que hizo una exacta revista, y recogió las memorias antiguas del pueblo de Dios, para componer los libros de los Paralipómenos ó crónicas, á los cuales juntó la historia de su tiempo, que fué acabada por Nehemias. Por estos libros se termina la dilatada historia que Moisés comenzó, y que los autores que le sucedieron continuaron sin interrupción hasta el restablecimiento de Jerusalem. El resto de la historia santa no está continuado en esta forma. Entre tanto que Esdras y Nehemias hacían la última parte de esta gran obra, Herodoto, á quien los autores profanos llaman el padre de la Historia, comenzaba á escribir. Así, los últimos autores de la sagrada se encuentran con el primero de la griega; y cuando esta comienza, ya incluye quince siglos la del pueblo de Dios, aun tomándola solamente desde Abraham. No cuidó Herodoto de hablar de los judíos en la historia que nos ha dejado, ni tenían los griegos necesidad de informarse sino de los pueblos que la guerra, el comercio, ó una gran fama, hacían conocidos; así la Judea, que apenas comenzaba á levantarse de sus ruinas, no atraía atención alguna. En aquellos tiempos infelices cesó la lengua hebrea de ser vulgar. Durante el cautiverio, y después con el comercio que fué necesario tener con los caldeos, aprendieron los judíos la lengua caldea, muy

parecida á la suya, y que tenía casi el mismo carácter. Esto les hizo mudar la forma antigua de las letras hebraicas, y escribieron el hebreo con las caldeas, más usadas entre ellos y más fáciles de formarse. No fué difícil esta mudanza entre dos lenguas vecinas, cuyas letras eran del mismo valor, y que no se diferenciaban sino en la figura. Desde este tiempo no se halla la Sagrada Escritura entre los judíos sino en letras caldeas; pero los samaritanos retuvieron siempre el antiguo modo de escribir, y sus descendientes han perseverado en este uso hasta nuestros días, conservándonos por este medio el *Pentateuco*, que se llama samaritano, en los antiguos caracteres hebraicos, tales como se hallan en las medallas y en todos los monumentos de los siglos pasados.

Vivían los judíos tranquilamente bajo la autoridad de Artajerjes. Reducido este príncipe por Simon, hijo de Milciades ateniense, á hacer una paz ignominiosa, perdió la esperanza de vencer á los griegos con la fuerza, y pensó solamente en aprovecharse de sus discordias. Fueron grandes las que sobrevinieron entre los atenienses y lacedemonios, cuyos dos pueblos, celosos el uno del otro, dividieron la Grecia. Pericles, ateniense, comenzó la guerra del Peloponeso, durante la cual Theramenes, Trasíbulo y Alcibiades, atenienses, se hacen célebres; Brasidas y Mindares, lacedemonios, mueren en ella peleando por su patria. Duró esta guerra veintisiete años, y terminó con ventaja de Lacedemonia, la cual había atraído á su partido á Darío, llamado el Bastardo, hijo y sucesor de Artajerjes.

Lisandro, general de la armada naval de los lacedemonios, tomó á Atenas y mudó su gobierno. Pero bien presto advirtió la Persia que había hecho muy poderosos á los lacedemonios. Sostuvieron éstos al joven Ciro en su rebelión contra Artajerjes, su hermano mayor, llamado Mnemon por su excelente memoria, hijo y sucesor de Darío. Libre este joven príncipe de la prisión y de la muerte por su madre Parisatis, piensa en la venganza, gana los sátrapas con su infinito agrado, atraviesa el Asia Menor, va á presentar la batalla al rey su hermano; en el corazón de su imperio le hiere de su propia ma-



no, y creyéndose antes de tiempo vencedor, perece por su temeridad. Los diez mil griegos que le servían hacen aquella pasmosa retirada, en que al finalizarse comandaba Jenofonte, gran filósofo y gran capitán, el cual ha escrito la historia. Los lacedemonios continuaban en atacar el imperio de los persas, á quienes Agesilao, rey de Esparta, hizo temblar en el Asia Menor; pero las discordias de la Grecia le hicieron dar la vuelta á su país. En este tiempo, la ciudad de Vejo, cuya gloria casi igualaba con la de Roma, después de un sitio de diez años y de mucha diversidad de sucesos, fué tomada por los romanos bajo la dirección de Camilo. Su generosidad le consiguió también otra conquista. Los faliscos, á quienes sitiaba, se le entregaron, movidos de haberles restituido sus hijos, que un maestro de escuela había puesto en sus manos. No quería Roma vencer con traiciones, ni aprovecharse de la perfidia de un cobarde que abusaba de la obediencia de una edad inocente. Un poco después, los galos senones entraron en Italia y sitiaron á Clusio. Los romanos perdieron contra ellos la famosa batalla de Allia. Su ciudad fué tomada y abrasada, y en tanto que se defendían en el Capitolio, fueron restablecidas sus cosas por Camilo, á quien habían desterrado. Los galos permanecieron siete meses señores de Roma, y llamados fuera de allí por otras causas, se retiraron cargados de despojos. Durante las discordias de la Grecia, Epaminondas Thebano no menos se señaló por su equidad y moderación que por sus victorias. Se nota que tenía por regla el no mentir jamás, ni aun en chanza. Sus grandes acciones resplandecen en los últimos años de Mnemon y en los primeros de Oco. Conducidos por tan gran capitán, quedan los thebanos victoriosos y el poder de Lacedemonia abatido. El de los reyes de Macedonia comienza con Felipe, padre de Alejandro-Magno. A pesar de las oposiciones de Oco y de Arses, su hijo, reyes de Persia, y á pesar de las dificultades, todavía mayores, que le suscitaba en Atenas la elocuencia de Demóstenes, poderoso defensor de la libertad, este príncipe victorioso sujetó en veinte años toda la Grecia, donde la batalla de Cheronia, que ganó contra

los atenienses y sus aliados, le dió un poder absoluto. En tanto que Felipe rompía en esta famosa batalla los atenienses, tuvo el regocijo de ver á Alejandro, en edad de diez y ocho años, desbaratar las tropas thebanas de la disciplina de Epaminondas, y entre ellas el escudron sagrado, llamado de los Amigos, y creído invencible. Dueño así de la Grecia, y sostenido por un hijo de tan grandes esperanzas, concibió tan altos designios, que no meditó menos que la ruina de los persas, contra quienes fué declarado capitán general. Pero este triunfo estaba reservado á Alejandro. Entre las solemnidades de un nuevo matrimonio fué asesinado Felipe por Pausanias, mancebo noble, á quien no había administrado justicia. El eunuco Bagoas mató el mismo año á Arses, rey de los persas, é hizo reinar en su lugar á Darío, hijo de Arsames, llamado Codomano, el cual merece por su valor que nos pongamos de parte de la opinión (fuera de esto más verosímil) que le hace descender de la familia real. Así, dos reyes animosos comenzaron á un tiempo su reinado: Darío, hijo de Armases, y Alejandro, hijo de Felipe. Mirábanse uno á otro con ojos celosos, y parecían nacidos para disputarse el imperio del mundo. Pero Alejandro quiso asegurarse antes de acometer á su competidor. Vengó la muerte de su padre; domó los pueblos rebeldes que menospreciaban su juventud; derrotó los griegos, que inútilmente intentaron sacudir el yugo, y arruinó á Tebas, donde sólo reservó la casa y los descendientes de Pindaro, cuyas odas admiraba la Grecia. Poderoso y vencedor, marcha después de tantas expediciones á la cabeza de los griegos contra Darío, á quien deshace en tres batallas campales. Entra triunfante en Babilonia y en Susa; destruye á Persépolis, silla antigua de los reyes de Persia; extiende sus conquistas hasta las Indias, y viene á morir á Babilonia de edad de treinta y tres años.

En su tiempo, Manasés, hermano de Jaddo, sumo pontífice, turbó la quietud de los judíos. Habíase casado con la hija de Sanaballat, samaritana, á quien Darío había hecho sátrapa de aquel país, y quiso más abrazar el cisma de los samaritanos que repudiar aquella extranje-



ra, á que el consejo de Jerusalem y su hermano Jaddo querian obligarle. Juntáronsele muchos judíos por evitar semejantes censuras, y resolvió desde entonces fabricar un templo vecino á Samaria, sobre el monte de Garizim, que los samaritanos creían bendito, y hacerse pontífice. Su suegro, muy acreditado con Darío, le aseguró de su protección, y las consecuencias le fueron aún más favorables, porque engrandecido Alejandro, Sanaballat dejó á su señor, y llevó tropas al vencedor durante el sitio de Tiro; así alcanzó cuanto quiso, el templo de Garizim fué fabricado, y la ambición de Manasés satisfecha. Los judíos, no obstante, siempre fieles á los persas, negaron á Alejandro el socorro que les pedía. Fué á Jerusalem resuelto á vengarse; pero quedó totalmente convertido en benignidad su enojo al ver al sumo pontífice, que le salió al encuentro con los sacerdotes revestidos de sus hábitos de ceremonia, y precedidos de todo el pueblo vestido de blanco. Mostráronsele las profecías de Daniel, que pedían sus victorias; y habiendo concedido á los judíos cuanto le pidieron, le guardaron la misma fidelidad que habían siempre mantenido á los reyes de Persia.

ÉPOCA CUARTA

Guerras púnicas

Años
antes de
J.-C.

323 á 134

En esta época, Roma y Cartago, las dos soberanas de los mares y de extensos territorios, celosas de su poder, ofrecen al mundo el espectáculo de ruinas, guerras, expresión de la soberbia, que riega en roja sangre la tierra, para cénir la frente vencedora de laureles, más bien que para dar al mundo leyes justas ó felicidad social.

Oigamos la elocuente voz del inmortal Bossuet, recorriendo á grandes rasgos esta época:

«Después de la muerte de Alejandro, fué dividido su imperio. Perdicasas, Ptolomeo, hijo de Lago, Antígono, Seleuco, Lisimaco, Antipatro y su hijo Casandro, en suma, todos estos capitanes, criados en escuela de tan gran conquistador, pensaron en repartirse los triunfos de aquel; sacrificaron á su ambición toda la familia de Alejandro, su hermano, su madre, sus mujeres, sus hijos y hasta sus hermanas; no se vieron

sino batallas sangrientas y revoluciones espantosas. Muchos pueblos del Asia Menor y de sus vecindades, aprovechándose de tantos desórdenes, se libertaron y formaron los reinos de Ponto, de Bitinia y de Pérgamo, que la bondad del país hizo despues ricos y poderosos. Al mismo tiempo sacudió tambien Armenia el yugo de los macedones, y se hizo un gran reino. Los dos Mitrídates, padre é hijo, fundaron el de Capadocia. Pero las dos más poderosas monarquías que se levantaron entonces, fueron la de Egipto, fundada por Ptolomeo, hijo de Lago, de quien provienen los Lagos, y la de Siria, fundada por Seleuco, de quien descienden los Seleucos. Esta comprendía, á más de la Siria, aquellas dilatadas y ricas provincias del Asia Mayor, que componian el imperio de los persas; así todo el Oriente se sujetó á la Grecia, y aprendió su lengua. La Grecia misma estaba tambien oprimida por los capitanes de Alejandro. La Macedonia, su antiguo reino, que daba dueños al Oriente, era presa del primero que llegaba. Los hijos de Casandro se arrojaron unos á otros de aquel reino. A Pirro, rey de los epírotas, que habia ocupado una parte, echó Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono, pero fué despues echado por el mismo Pirro; á Pirro expelió nuevamente Seleuco, á quien Ptolomeo Cerauno, arrojado de Egipto por su padre Ptolomeo I, mató elevosamente, olvidado de sus beneficios. Apenas este pérfido habia invadido la Macedonia, cuando fué atacado de los galos, y muerto en una batalla que les dió. Pendientes las turbaciones del Oriente, fueron éstos al Asia Menor, conducidos por su rey Brenno, y se establecieron en la Gallogrecia ó Galacia, llamada así del nombre de ellos, de donde se arrojaron sobre la Macedonia y la talaron, haciendo temblar toda la Grecia. Pero su ejército pereció en la sacrílega empresa del templo de Delfos. Todo lo inquietaba esta nación, en todo era desgraciada. Algunos años antes del suceso de Delfos, los galos de Italia, á quienes sus guerras continuas y sus victorias frecuentes habian hecho el terror de los romanos, fueron excitados contra ellos por los samnites, los brucienos y los eturios. Consiguieron desde luego un nuevo triunfo, pero mancharon



su gloria matando los embajadores. Indignados los romanos, marchan contra ellos, los deshacen, entran en sus tierras, donde fundan una colonia, los derrotan otras dos veces, sujetan una parte de ellos y reducen la otra á pedirles paz. Despues que los galos del Oriente fueron echados de la Grecia, Antígono Gonatás, hijo de Demetrio Poliorcetes, que doce años hacia reinaba en la Grecia, aunque con muy poca quietud, invadió sin dificultad la Macedonia. Estaba Pirro ocupado entonces en otra parte. Arrojado de este reino, esperó satisfacer su ambición con la conquista de Italia, adonde fué llamado por los tarentinos, á quienes la batalla que contra ellos y los samnitas habian ganado los romanos, no habia dejado otro recurso. Consiguió contra los romanos victorias, que los arruinaron. Asombráronlos sus elefantes, pero bien presto les hizo ver el cónsul Fabricio que no era Pirro invencible. Parecia que el rey y el cónsul, aún más disputasen de la gloria de la generosidad, que de la de las armas. Pirro restituyó al cónsul todos los prisioneros sin rescate, diciendo que para hacer la guerra necesitaba del hierro y no del oro, y Fabricio entregó al rey su pérfido médico, que habia ido á ofrecerse para envenenar á su señor.

Comenzó en estos tiempos la religion y la nacion judáica á sobresalir entre los griegos. Los judíos, bien tratados de los reyes de Siria, vivian tranquilamente segun sus leyes. Antíoco, llamado el Dios, nieto de Seleuco, los esparció por el Asia Menor, desde donde se extendieron á la Grecia, y gozaron en todas partes de los mismos derechos y de la misma libertad que los demás ciudadanos. Ptolomeo, hijo de Lago, los habia ya establecido en el Egipto. En tiempo de su hijo Ptolomeo Fildelfo, sus escrituras fueron traducidas en griego, y salió á luz aquella célebre version llamada de los Setenta. Estos fueron ciertos sábios ancianos, que á petición del rey le envió Eleazaro, sumo pontífice. Algunos dicen que no tradujeron sino los cinco libros de la ley. El resto de los sagrados libros pudo más adelante vertirse en griego para el uso de los judíos, esparcidos por el Egipto y por la Grecia, donde no sólo olvidaron su antigua lengua, que era

la hebrea, sino aun la caldea, que les hizo aprender su cautiverio. Así se hicieron un griego mezclado de hebraismos, que se llama lenguage helenístico, en que está escrita la version de los Setenta y todo el Nuevo Testamento. Durante esta dispersión de los judíos, fué célebre su templo por todo el mundo, y todos los reyes del Oriente allí presentaban sus ofrendas. El Occidente estaba atento á la guerra de los romanos con Pirro. En fin, este rey fué deshecho por el cónsul Curio, y se volvió á Epiro. No permaneció allí largo tiempo en reposo, y quiso recompensarse en la Macedonia los malos sucesos de la Italia. Antígono Gonatás fué encerrado en Thesalónica, y obligado á abandonar á Pirro todo el resto del reino. Recobró el ánimo, en tanto que Pirro, inquieto y ambicioso, hacia la guerra á los lacedemonios y argivos. Los dos reyes fueron á un tiempo introducidos en Argos por dos inteligencias contrarias y por dos puertas diversas. Dióse en la ciudad una gran batalla: una madre que vió á su hijo perseguido de Pirro, á quien habia herido, le mató de una pedrada. Deshecho Antígono de tal enemigo, volvió á entrar en Macedonia, la cual, despues de algunas mudanzas, permaneció pacíficamente en su familia. La liga de los acheos le impidió engrandecerse. Esta fué el último reparo de la libertad de la Grecia, y la que produjo los últimos héroes en Harato y Filopomeno. Los tarentinos, que alimentaba Pirro de esperanzas, llamaron despues de su muerte á los cartagineses. Fuéles inútil su socorro, y quedaron derrotados con los brutienos y samnitas, sus aliados. Estos, despues de setenta y dos años de guerra continua, se vieron forzados á sujetarse al yugo de los romanos. Tarento hizo luego lo mismo. Las ciudades vecinas no pudieron resistir; así todos los pueblos antiguos de Italia quedaron sujetos. Los galos, frecuentemente derrotados, no osaban moverse. Despues de cuatrocientos ochenta años de guerra, se vieron los romanos dueños de Italia, y comenzaron á extender la vista á lo que sucedia fuera de ella. Concibieron celos de los cartagineses, vecinos muy poderosos por las conquistas que hacian en Sicilia, desde donde acababan de insultar á ellos y á Italia socor-